

PIETRO CITATI

LEOPARDI

TRADUCCIÓN DEL ITALIANO
DE JUAN DÍAZ DE ATAURI

BARCELONA 2014



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Leopardi*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2010 by Arnoldo Mondadori Editore SpA, Milán
© de la traducción, 2014 by Juan Díaz de Atauri Rodríguez de los Ríos
© de esta edición, 2014 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



La traducción de esta obra ha sido financiada por el SEPS
Segretariato Europeo per le Pubblicazioni Scientifiche



Via Val d'Aposa 7 - 40123 Bologna - Italia
seps@seps.it - www.seps.it

En la cubierta, retrato de Giacomo Leopardi (1820), de A. Ferrazzi

ISBN: 978-84-15689-88-1

DEPÓSITO LEGAL: B. 23 139-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2014*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

MONALDO Y ADELAIDE LEOPARDI

Un libro sobre Leopardi sólo puede empezar como una ópera bufa, preferiblemente de Gioachino Rossini, que había nacido en Pésaro, cerca de Recanati, y que llegaría a inflamar a los públicos de Milán, Roma, París y a todo el mundo de la música. El protagonista de tal ópera bufa no sería Giacomo, aunque *El barbero de Sevilla* y *La donna del lago* le gustaran hasta hacerlo llorar, sino su padre, Monaldo, nacido en Recanati en 1766, en una antigua familia que se remontaba, según él, al siglo XIII.

Si este hombre inquieto y sutil hubiera nacido en Francia, se habría sentido atraído por las luces de París y, en los tiempos de la Revolución, habría emigrado a Coblenza o a Londres; a su vuelta, habría animado con polémicas, artículos maledicentes y extravagancias lunáticas alguna gaceta de la extrema derecha. Dominado por su humor «casero», Monaldo vio transcurrir prácticamente toda su existencia en Recanati, entre sus viejísimos tíos abuelos, sus muchos parientes y sus pocos amigos; víctima de sus rencores, de sus ideas fijas y de sus miserables pleitos. Esta vida provinciana es la clave del sabor rústico, del olor a establo y a libros viejos comprados en librerías de lance que tienen sus maneras y su estilo. Cuando iba a Roma—entre 1820 y 1830, Roma era una especie de poblachón, lleno de cardenales y de ovejas, algún historiador alemán y unos pocos turistas románticos—, se sentía «como una rana en mitad del océano» y maldecía «la pésima comida, el estrépito ensordecedor, los coches lanzados al galope y que aparecen súbitamente desde todas partes, desde todos los zaguanes, como una continua amenaza capaz de triturarnos».

Su libro más auténtico es la amable y divertidísima *Auto-*

biografía, que escribió no se sabe cuándo, seguramente entre 1820 y 1830. Pese al prefacio, Monaldo se nos presenta como un hombre extravagante y veleidoso, a un tiempo mezquino y quijotesco, que entabla pelea con todo el mundo, especialmente con las mismas autoridades eclesiásticas a las que veneraba más allá de todo límite. Con el paso de los años fue practicando una ironía cada vez más despreciativa de sí mismo y, con una complacencia a mitad de camino entre la jovialidad y la amargura, se describía como el primer actor de una comedia menor de cómicos goldonianos, en la que los únicos incidentes de relieve fueran historias de cartas anónimas, cubiertos perdidos y encontrados, camisas robadas por la lavandera, préstamos no devueltos, libros no pagados y especulaciones equivocadas sobre el precio del grano. El hombre que escribió estas páginas era un Arlequín, un Fígaro o un Leporello disfrazado de noble: un criado astuto, ruín y chocarrero, que disimuladamente abandona la librea y se embute la ropa negra y el espadín del conde Leopardi.

Esta mirada vulgar arrojada desde abajo sobre todas las cosas es su última verdad como escritor. Cuando Monaldo cuenta la trágica historia de la invasión francesa de Italia, la convierte en una colección de anécdotas chuscas: el comandante de los ejércitos pontificios que carga el cañón con alubias, el coronel que media hora antes de la batalla busca desesperadamente las tenacillas para rizarse el tupé, el comandante en jefe de aquel mismo ejército que pasa revista a las tropas vestido con roquete y muceta. Confieso que me gusta poco este «realismo italiano», esta antigua farsa atelana de criados y aprovechados, que presenta con arrogancia aristocrática; aun cuando contemplar la historia universal despojada de sus vestiduras y denigrada es siempre, para mí, una fuente de diversión y de alegría.

El muy reaccionario conde Leopardi era un hombre de su tiempo; un descendiente de Rousseau y de Alfieri, aunque nadie, ni siquiera su hijo, se lo haya reprochado nunca. Como

lector de Rousseau, se tenía por una criatura excepcional, a la que había rozado una «chispa de genio»; una naturaleza salvaje, original, casi única. Si Dios lo había elegido, concediéndole a él y a otros poquísimos el doloroso estigma de la nobleza y de la grandeza, no podía esconder «el hábito de la superioridad» y «el orgullo desmesurado», que lo hacían «anheloso de superar a todos en todo». Con tal de destacar, su narcisismo lo impelía a pintarse con tintes que, para él, eran tenebrosos; así recordaba, con notas apasionadas, «el muy impaciente deseo de libertad», el «ansia ardentísima», el «ávido afán» de saber. No se adaptaba a los papeles de secundario y, cuando aceptaba conformarse, todo lo que no se hubiera hecho a su manera le parecía que estaba mal hecho. Quería imponerse, mandar, dirigir. Siempre estaba convencido de que tenía razón, aun cuando no cosechara más que fracasos. Cuando se equivocaba, la culpa no era suya, sino de la necia realidad o de los necios hombres.

Los hermanos de su madre, Virginia Mosca, lo acostumbraron desde niño a una vida de lujo exorbitante. Pensaban que cualquier menoscabo en el tenor de la existencia doméstica era un desdoro. La madre, viuda, vivía como una dama casada, manteniendo un «tren de vida lujoso»: caballos, coches, criados, casas espléndidas, recepciones, veraneos. También Monaldo podía darse cualquier capricho, porque los menestrales cumplían sus encargos, y los tenderos y comerciantes le enviaban todo lo que les pidiera. Luego sus tutores pagaban despreocupadamente. Cuando salía de casa, el juego y el café lo obligaban a pequeños gastos; él no tenía dinero y se sentía obligado a contar mentiras: se le había perdido el monedero o tenía que cambiar un cupón, y se ponía colorado. Según el testamento de su padre, sólo podría administrar su patrimonio a partir del momento en que cumpliera veinticinco años, pero la familia obtuvo permiso del papa para que lo administrara desde los diez años. Le parecían necesarias cosas que no lo eran; los aduladores husmeaban sus

pasiones y se aprovechaban astutamente de sus debilidades. Cuando se casó su hermana Ferdinanda, Monaldo le fijó una dote enorme para la época. Pidió dinero prestado a los usureros y, a los veinte años, dos años después de haber asumido el control de la casa, sin haber viajado, ni jugado, ni haberse gastado el dinero con mujeres, se encontró «cargado de deudas y abocado a la ruina total».

Como a Cherubino, le gustaban todas las mujeres, allá donde las encontrara: en las calles, en las iglesias de Recanati o en las historias fantásticas que le contaban sus amigos y los terceros. Tenía veinte años y era «inexpertísimo» en todo lo que se refiriera al amor. En la primavera de 1796, un «tercerillo forastero» le propuso que se casara con una marquesita boloñesa «de familia ilustre y con buena dote»: Diana Zambeccari, hija de Camillo Zambeccari y de la princesa Laura Lambertini. El tercero le cobró 15 escudos a Monaldo y desapareció. Unos meses después, un comerciante de Bolonia le sugirió el mismo partido. Finalmente, un amigo suyo, el conde Luigi Gatti, le propuso conocer a los Zambeccari y hablar con ellos del matrimonio. Viajaron los dos a Bolonia. En el viaje, el amigo le predicó «que los matrimonios deben hacerse con la cabeza» y no con el corazón o por capricho; que las bellezas son pasajeras y las virtudes consuelan para toda la vida; que «una mujer buenísima es un tesoro, y otras cosas parecidas». Monaldo le daba la razón porque «propendía a la filosofía».

Cuando llegaron a Bolonia, a Monaldo le habría gustado conocer a la novia de incógnito, pero el marqués de Zambeccari no lo permitió. Fue al hotel a conocerlo, fijaron la dote y decidieron que Monaldo vería a Diana sólo tres o cuatro días después, tomando chocolate en casa de los Lambertini. El día fijado, el conde Gatti le dijo que, si la novia no le disgustaba, debía sacarse del bolsillo con naturalidad un pañuelo blanco. «El corazón me batía y tenía la mano puesta en el pañuelo para sacarlo sin dilación. Ahí está la novia. Una in-

clinación, dos palabras, una ojeada y fuera el pañuelo. Gatti le dice algo a la joven al oído, y luego todos: «¡Vivan los novios! ¡Enhorabuena, conde Gatti, cuánto vale usted, qué bien hace las cosas!»». Era el momento culminante de nuestra preciosa y ligera ópera bufa.

Al día siguiente, Monaldo volvió a ver con tranquilidad a la novia. Esta vez Diana Zambeccari no le gustó. Con veinte años y la cabeza llena de los arrebatos amorosos que le había imbuido la lectura de novelas, aquella boda no le parecía adecuada: «No me parecía que el decreto de nuestra unión estuviera escrito en el cielo», como se repite continuamente en *Guerra y paz*. Monaldo se hundió «en la más negra melancolía, casi en la desesperación». No sabía qué hacer; no quería casarse con la Zambeccari, pero tampoco quería ofender a la familia. Se lo confesó a Luigi Gatti, que acogió sus palabras «como una blasfemia». Entonces se resignó y guardó silencio: encargó muchísimos muebles carísimos para decorar espléndidamente unas dependencias, coches, vestidos suntuosos para la novia, libreas nobiliarias para la servidumbre y joyas a un comerciante judío de Módena, a quien vendió las joyas antiguas de la familia Leopardi.

En su casa, todos sus parientes estaban encantados con aquella boda; así que volvió a inclinar la cabeza, llenó las dependencias de obreros, compró otros caballos, demolió las viejas cuadras y las cocheras y mandó construir otras nuevas: «gastos insensatos, todos ellos, porque se pagaron a fuerza de deudas». Pero no quería apurar el amargo cáliz que su inexperiencia le había deparado. Trató de desembarazarse de su compromiso. Ante la idea de ser libre, el porvenir, que veía amenazador y negro, «se le presentó espléndido y seductor». Escribió al marqués de Zambeccari una carta anónima, en la que insinuaba que el corazón del conde Leopardi no la tenía por su hija. Como la carta no tuvo ningún efecto, escribió otra. Finalmente, una tercera, con la dirección del remitente y cerrando la carta anónima con su propio sello. El marqués

de Zambeccari comprendió y se avino a cancelar el contrato matrimonial.

Dos meses más tarde, el marqués le pidió el dinero que había tomado en préstamo para las joyas; «y los intereses pasados y futuros de aquella suma, y cuatrocientos escudos del supuesto menoscabo sufrido en el ajuar al pasar de moda, y cincuenta escudos para el notario Aldini, y doce escudos para una doncella a la que hubo que mantener en Bolonia a mis expensas, y sesenta y cinco escudos por un vestido de viaje hecho a la novia por sugerencia mía, y probablemente alguna que otra fruslería más que no recuerdo». Por fin, Monaldo Leopardi era libre. Pero entre el marqués, los intermediarios, los artesanos, los sastres, los mueblistas y los comerciantes de joyas, alfombras y carrozas, había gastado en total veinte mil escudos romanos.

La ópera bufa tuvo aún un último acto. Esta vez me inclino a pensar que sería Giovanni Bertati, el encantador libretista de *Il matrimonio segreto* de Cimarosa, quien habría escrito las estrofas cómicas y apasionadas de la continuación. El 15 de junio de 1797 se celebraba en Recanati la fiesta de San Vito, patrón de la ciudad. Mientras asistía a la misa solemne, Monaldo se fijó en la marquesa Adelaide Antici, hija del marqués de Filippo, conde del Sacro Imperio Romano y chambelán de Su Majestad el rey de Polonia. Durante toda la misa no apartó la mirada de Adelaide. El 18 de junio, mientras participaba en la procesión del Corpus, la vio desde muy cerca, a muy pocos pasos de él. Por la tarde volvió a encontrársela en casa de los Torri. No sabemos si se atrevió a dirigirla la palabra ni qué le dijo, en caso de que lo hiciera. Estaba obsesionado y furioso. Súbitamente, sin pensarlo más, decidió casarse, aunque no supiera nada o casi nada de ella. El 21 de junio pidió la mano de Adelaide a su hermano Carlo. Luego todo fue muy deprisa, cada vez más deprisa. Algunos días después Monaldo tuvo «el consentimiento definitivo». Se decidió el contrato matrimonial: Monaldo aportaría

una dote de seis mil escudos; una asignación de ciento treinta escudos anuales para los gastos de su mujer; un «servicio señorial de camareras, doncellas, criados y coches» y, naturalmente, café y chocolate.

Los Leopardi no estaban de acuerdo. Al tío Ettore le pareció que la dote de Adelaide era demasiado pequeña. La madre le rogó a Monaldo que no se casara y llegó a pedirselo de rodillas. Pero Monaldo imitó el gesto de su madre: «Me puse de rodillas delante de ella, le besé la mano, y permanecí firme en mi decisión». Durante algunos días vivió una pesadilla, sin comer, sin dormir, atormentado y desgarrado por el amor y la desesperación. En la mañana del 27 de septiembre, en la capilla de los Antici, la plácida Adelaide concedió su mano al furibundo Monaldo. No había allí ningún Leopardi, salvo el tío Ettore. En el momento en que los novios iban a marcharse, Monaldo dijo: «Vamos a besar la mano a mi madre». Todas las resistencias desaparecieron: abrazos, bendiciones, besamanos, llantos de emoción, miles de caricias, fiesta del pueblo. Cuando escribe su *Autobiografía*, Monaldo comenta irónicamente: «El 15 de junio de 1797 era libre como un pájaro, el 21 yo mismo me había metido en la liga con que me habían capturado». Y la liga lo había capturado para siempre. A partir de entonces se instituyó la cárcel para Monaldo, Giacomo, Carlo, Paolina, y ninguno de ellos tuvo fuerza ni valor para abrir la puerta.

Mientras escribía su *Autobiografía*, Monaldo tenía un intenso sentimiento de culpa. Es verdad que finalmente su madre había aprobado aquel matrimonio, y que Adelaide había sido la mejor de las mujeres. «Dios, en su misericordia infinita, no podía haberme concedido una compañera más prudente, afectuosa y piadosa que ésta, mi buena esposa. Veintiséis años cumplidos de matrimonio no han desmentido ni una sola vez una conducta irreprochable y admirada por todo el mundo; esta mujer fuerte, entregada exclusivamente a los deberes y cuidados de su estado, no ha conoci-

do nunca otra voluntad, otros placeres o intereses que los de la familia y los de Dios». ¿Acaso podía alguien ponerlo en duda? No obstante, Monaldo había violado una orden de sus padres (precisamente él, para quien aquella obediencia era el valor supremo de la vida, había sido «inexorable al llanto que mi querida madre vertió a mis pies»). Así pues, tenía que ser terriblemente castigado por la venganza de Dios. Y así fue, en efecto. «El natural y el carácter» de su mujer, decía Monaldo, estaban tan lejos de los suyos «como lo están el cielo y la tierra». En aquellos años de juventud, «persuadirla era fácil; hoy me sacaría las cartas del bolsillo, me llevaría a juicio, pondría en pie de guerra a todo el pueblo si yo le ocultara la causa de un suspiro».

El matrimonio se consumó rapidísimamente, aunque Monaldo sostuviera que era incompetente en materia de sexo. A las siete de la tarde del 29 de junio de 1798, exactamente nueve meses y dos días después de la boda, Giacomo Taldegardo Francesco Salesio Saverio Pietro Leopardi vino al mundo. El matrimonio no refrenó las fantasías económicas de Monaldo. En un primer momento decidió especular en el mercado de granos; con el dinero de la dote compró doscientos rubios¹ de grano; compró otros doscientos o trescientos a crédito, pagándolos a diez escudos el rubio; con los que tenía él, sumaban mil rubios. Y se hacía castillos en el aire esperando vender el grano por lo menos a quince escudos, con lo que, tras nuevas especulaciones financieras, ganaría entre sesenta mil y setenta mil escudos. Todo era perfecto, como jugar a la bolsa en 1929; pero el azar intervino insidiosamente, pues el gobierno francés fijó el precio en siete escudos y medio el rubio, por lo que Monaldo perdió mucho dinero. Luego arrendó una finca de los Mattei en la campiña romana, y llevó allí a sus campe-

¹ El *rubio* (en italiano, *rubbio*) era una antigua medida de capacidad equivalente a 290 litros; el nombre procede del latín *rubeus* ('rojo') porque se señalaba con ese color. (*Todas las notas, a menos que se indique lo contrario, son del traductor*).

sinos de las Marcas, pero unos quince de ellos murieron de malaria y el poquísimos grano que recogió se vendió por nada. Era la catástrofe. Tras sus falsas y verdaderas bodas, las dotes espléndidas, la adquisición de joyas, caballos y alfombras, y las especulaciones agrícolas, Monaldo estaba en la miseria. Sus fincas le rentaban casi seis mil escudos anuales y sus deudas lo obligaban a pagar seis mil escudos anuales de intereses.

Para salvar a la antigua familia tuvo que intervenir el papa. Se redujeron las deudas a treinta mil escudos. Los intereses se rebajaron del veinticuatro al ocho por ciento, los treinta y seis acreedores aceptaron una moratoria de la deuda y Monaldo quedó incapacitado legalmente hasta 1820. Adelaide asumió el papel de cabeza de familia. Fue una aventura extraordinaria. Monaldo comentó: «De lo único que soy amo en mi casa es de las tortillas». La dictadura de Adelaide era despiadada, pero respetuosa con la tradición. No se abandonaron las costumbres de las familias aristocráticas. Monaldo no tuvo que trabajar (mayúscula ignominia), ni se echó a los criados sino que se los mantuvo amorosamente. Se dieron cenas suntuosas de cuarenta comensales («con dos sopas, diez platos de carne, postres salados, dulces, fruta, helados, café y rosolí»), y se mantuvieron cuatro coches, con sus caballos, guardados en la cochera.

Pasaron los años. Napoleón pasó a caballo por Recanati (Monaldo no quiso asomarse a la ventana), fue a Egipto, volvió a Francia, llegó a ser emperador, se hizo pintar por David, conquistó Europa, se casó con María Luisa de Habsburgo-Lorena, declaró la guerra a Rusia, huyó calamitosamente de Rusia, fue exiliado a la isla de Elba, volvió a Francia, fue derrotado en Waterloo, desterrado a Santa Elena, murió en Santa Elena: la veloz máquina de la historia fue bordando ese dibujo suyo que nadie entiende. En todos aquellos años, salvo muy pocas ausencias, Monaldo permaneció en Recanati. Le gusta-